

Sobre ISMAEL SARMIENTO RAMÍREZ, *Cuba entre la opulencia y la pobreza. Población, economía y cultura material en los primeros 68 años del siglo XIX*, Madrid, Aldaba Ediciones, 2004, 400 pp.

En un momento en que parece que se ha dado la espalda a la historia social y hemos vuelto a la biografía, a la batalla, e incluso a la simple batallita como género favorito de los historiadores y de los lectores de libros de historia, la obra de Sarmiento es una excepción. Basta con echar un vistazo a las mesas de novedades de historia -que es un género con una producción muy elevada- para ver que en su mayoría las nuevas aportaciones se refieren a vidas de personajes, unos más y otros menos novedosos; a conflictos armados y sus secuelas. Parece como si la historiografía le diera la espalda a la historia social, a la historia del día a día.

Ismael Sarmiento Ramírez recupera el valor de esa historia de la vida cotidiana, el vestir, la alimentación, la cesta de la compra, los medios de transporte y los tipos de vivienda populares. Información que afecta a muchas más personas y que nos aporta más conocimiento sobre la evolución de las sociedades que la biografía del prócer, del héroe, del villano o la batalla puntual. Aunque no haya que desdeñar esto tampoco, la historia de la cultura material es un complemento imprescindible de los otros géneros.

Solo por eso el libro ya es importante y debe ser bienvenido. Pero también porque la historia de Cuba es un género que ha quedado bastante relegado últimamente, a pesar de su proximidad con España. Cuba no deja de ser el país de América Latina que más tiempo tardó en cortar lazos con la metrópoli, hasta el punto de que se puede hablar de un sueño cubano en España durante el XIX, como bien refleja Valle Inclán en *La Corte de los milagros*, en el retrato del militar que regresa apesadumbrado a Castilla y no puede olvidar el mundo que deja atrás. Tras la independencia, Cuba es también uno de los países de habla

hispana que recibió más aportes de población española y por su distanciamiento de la órbita de Washington, el que aún concita más simpatías en España, por la vieja e inevitable rivalidad entre dos potencias imperialistas que se sigue proyectando. (Es salirse del tema, pero está claro, al margen de la ideología política, que mientras Cuba siga fuera de la órbita cultural y económica de EE UU, los españoles en general la sienten más cerca de la suya.)

La obra de Ismael es un buen retrato del crisol cubano, el melting pot, término que en inglés aplicamos tanto a EE UU, que lo hacemos casi patrimonio original y exclusivo de esa sociedad, cuando que la sociedad cubana tiene aportes de población de parecida mezcla: a los criollos se sumaron los franceses que huyeron de la revolución de Haití, africanos (como en Estados Unidos, de forma involuntaria) de más de una docena de procedencias, idiomas y culturas diversas en sus lugares de origen, los indios yucatecos más tarde, chinos y españoles de diferentes regiones: catalanes, gallegos, canarios y asturianos, hasta bien entrado el siglo XX.

La obra que analizo es cómo todos esos grupos de población que se fundieron en un crisol y fueron aportando elementos de cultura material que conformaron poco a poco una personalidad específica nueva, resultante de la mezcla. Aunque la mezcla, aquí como en otros países, tuvo una gran variación dependiendo de la relación entre clase y color.

Ismael ha incidido en este factor como no podía ser menos por parte de un historiador que refleja influencias de su gran paisano, hace poco fallecido, Manuel Moreno Friginals, en su clásico trabajo, *El ingenio*. Su interés antropológico evoca también los estudios de Fernando Ortiz sobre el folclore afrocubano y, aunque salvando las distancias, se puede comparar este interés por la vida cotidiana con el libro clásico *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet. El tema es diferente, la meta es diferente y la fórmula de investigación también. Sin embargo, me atrevo a hacer la comparación porque, afectivamente, las dos obras acuden a esa pequeña historia de seres anónimos que son quienes hacen la historia grande.

Cada lector hace siempre una lectura diferente de un mismo libro. En mi lectura ha predominado la búsqueda de las aportaciones culturales de la población africana de Cuba. Y no es una población cualquiera. Dentro de ese mosaico cubano, la población de origen africano no es una población marginal o complementaria. Es de hecho la columna vertebral de la Cuba del XIX. Paradójicamente, los africanos, los más involuntarios de todos los emigrantes a Cuba, fueron la base, el sostén de la economía, el aporte de mano de obra que permitió el despegue económico de la isla, quienes hicieron posible el boom azucarero y el sueño sobre el que ironizaba Valle Inclán, que he mencionado anteriormente. Aunque España firmó acuerdos en 1817 y de nuevo en 1835 para prohibir la trata de esclavos, no los cumplió y los africanos siguieron llegando a Cuba hasta la década de los 70 del siglo XIX. Las cifras de esclavos africanos introducidos en Cuba hablan por sí solas. En 1827 había 286 000 esclavos negros. En 1841, 14 años después, 436 000.

Hoy, cerca del 40 por ciento de la población cubana lleva sangre africana y desde su posición modesta (a ellos les tocaba la pobreza de que acertadamente habla el título del libro) transformaron el paisaje rural, desarrollaron tipos de vivienda novedosos, aportaron su gusto a las mezclas de sabores de la cocina cubana y, acostumbrados a la cultura de la resistencia en las plantaciones, fueron también inventores de soluciones originales para los problemas que se presentaron a los ejércitos en tiempos de crisis, en la lucha por la independencia.

Es muy importante que este libro nos recuerde esa presencia africana en la gestación de la cultura cubana, logrando ir más allá del tópico de la música o el baile, como si fueran éstos los únicos aportes de África a la historia de la humanidad.

Por último, quiero hacer un elogio a la labor de compilación iconográfica de este libro. Por mi trabajo de editor en una revista de divulgación histórica, soy muy consciente de lo difícil que resulta en muchas ocasiones encontrar la ilustración adecuada para un artículo. He sentido una gran envidia, sana por supuesto, al ver la gran cantidad de fuentes iconográficas que ha manejado Ismael Sarmiento

Ramírez para ofrecer esas maravillosas litografías, estampas y fotografías que ilustran el libro y le confieren un valor en sí mismo, que permite una segunda lectura para quien busque una aproximación más afectiva, gráfica e inmediata al cambiante y creativo mosaico cultural cubano en el siglo XIX.

Arturo Arnalte
Universidad Complutense y Coordinador de
La aventura de la historia

